

tante la opinión de su padre que no veía manera de hacer una pieza teatral de aquella historia, y la nueva transformación fué tan genial que acusa muy pocas huellas de su existencia anterior.

A pesar de todo, los teatros de París se rehusaron a aceptarla, hasta que por fin el Vaudeville consintió en llevarla a escena previa censura. Más de tres años transcurrieron antes de que se representara, y fué sólo gracias a la influencia del Duque de Morny, como se consiguió levantar la pro-

hibición. El Duque creía que debía alimentarse a los parisienses con sensación; de esta manera hacía pasar su atención de la política a los teatros.

«*La Dama de las Camelias*», dijo Dumas hijo quince años más tarde, cuando se había vuelto moralista didáctico, «es el eco más bien que la reacción de una emoción personal, a la que el arte dió desarrollo y conclusión lógica. No podría ser escrita hoy (1867). No sería real ni sería posible».

(*Revista de Revistas*, México. D. F.)

1) Polémica

Una defensa de los Estados Unidos

[Waldo Frank, es uno de los escritores jóvenes más brillantes y prestigiosos de los Estados Unidos. Su libro *Our America* (Nuestra América) le reveló como un sutil psicólogo de su propia nación, y muy justo en la visión de sus defectos y virtudes. Ha publicado también varias excelentes novelas que, en medio de la anarquía de los conceptos estéticos actuales, tal vez se pueden adscribir a la llamada escuela expresionista: la máxima expresión artística con un mínimo de medios técnicos; lo cual es, después de todo, la esencia de todo gran arte].

Señor director de *El Sol*

Madrid

Señor: Acabo de leer las pequeñas *Divagaciones* de Ramón Pérez de Ayala, sobre los Estados Unidos, que ha publicado *El Sol* los días 28 y 29 de febrero. Conozco al Sr. Ayala y conozco su obra. Se me hace difícil, por lo tanto, comprender cómo un artista tan brillante y un observador tan sensible puede escribir cosas tan superficiales sobre un país. Y todavía me es más incomprensible que un escritor como el Sr. Ayala, cuya capacidad intelectual debía hacerle confiar más preferentemente en sí mismo, pueda citar con tanta docilidad los comentarios de ese periodista inglés tan extremadamente vano y tan poco digno de crédito como el Sr. A. S. Wells. El Sr. Wells y el Sr. Ayala parecen estar de acuerdo en que «ir de Europa a Norte América es como pasar de la complicación a la simplicidad». Quizás Europa les parezca más compleja porque conocen algo de ella; quizá la simplicidad de Norte América es la simplicidad de su propia ignorancia. Ya es hora de que el presuntuoso lugar común de que «Norte América es el país del dólar, el país del materialismo sin freno, el país de los negocios y nada más», se guarde solícitamente en alcanfor al lado de esas otras triviales falsedades de que, por ejemplo, España es la tierra de Carmen, o Francia el país de los *cabarets* abiertos toda la noche y en donde toda mujer tiene cien amantes, etc.

La complejidad del carácter norteamericano es tan grande como la diversidad de las razas que lo crearon,

como la diversidad de los impulsos que las llevaron allí y como la diversidad de los problemas y condiciones que se les presentaron tan pronto como hubieron de llegar. Los elementos místicos, religiosos e ideales de la vida americana son absolutamente tan primarios y tan potentes como los materiales. Es verdad que, debido a nuestra primitiva historia, ha tenido lugar una ósmosis entre esos elementos, ha habido entre ellos un casamiento que hace su separación extremadamente difícil. Existe en los Estados Unidos un peculiar simbolismo de ideas, con respecto al cual sospecho que el Sr. Wells está tan ayuno como de entender jeroglíficos egipcios. En la psicología norteamericana, los detalles y fines físicos de la vida han sido dotados—a veces con poca fortuna—de valores ideales, de suerte que presentamos una inmensa fachada que parece *material*, pero que recibe su *vida* de las asociaciones emocionales, de los símbolos de cultura que aquella oculta y en virtud de los cuales, realmente, existe.

La insensibilidad del Sr. Wells para los valores estéticos de la típica arquitectura de Nueva York no me sorprende. Pero la del señor Ayala, sí. No puedo creer que si hubiese mirado con sus propios ojos, sin las telarañas de previas sugerencias, hubiese dejado de encontrar el ritmo vital, primario, lleno de aspiraciones, de nuestras grandes ciudades: espíritu desde luego aún rudo y desconcertante a los sentidos hechos a la madurez de Europa, y que, sin embargo, es un espíritu relacionado nada más que muy levemente con la gran concupis-

cencia de adquirir y acumular. ¿Qué diría el Sr. Ayala de un crítico que menospreciase las iglesias góticas de Europa con indicar que la torre y la cruz son símbolos fálicos? Y claro está que lo son; pero es pedantería o ceguera el no ver que son infinitamente algo más. Del mismo modo hay un impulso crudo y elemental en toda nuestra vida. Pero que ha comenzado ya la sublimación de estos elementos, es una cosa clara en el arte americano, en la literatura americana y aún a veces, en la chapucería y estupidez de la política americana.

No puedo pretender en esta breve carta dar una respuesta satisfactoria al señor Ayala. Lo que deseo simplemente es rogarle que nos vigile más de cerca.

Si lo hace así, descubrirá que hay otros Estados Unidos ocultos y apenas articulados todavía, dentro de la capacidad de acero y piedra que tanto le asombra: unos Estados Unidos arraigados y dedicados a la vida del espíritu y de la inteligencia, y sin embargo, no separados en modo alguno del mundo material que el Sr. Wells describe: unos Estados Unidos consagrados a la tarea de encauzar las vastas energías de ese mundo, para la creación de una cultura espiritual.

En el reino del espíritu, Europa, naturalmente, es más aventurada que nosotros. Por lo tanto, esta parte más profunda del mundo americano mira hacia Europa para que le dé alientos y enseñanzas. Y espera que se la comprenda mejor por parte de hombres como Ramón Pérez de Ayala.

Suyo afectísimo,

WALDO FRANK.

(*El Sol*, Madrid).

